

SALAS, SANTUARIO UNIVERSAL

Durante muchos años nos dedicamos a estudiar el fenómeno peregrino en Aragón entre los siglos XI al XVIII, ambos inclusive. Aparte de considerar, cómo no, los escasos testimonios de ‘peregrinos’ acomodados y letrados, con secretarios particulares, que aportan muy poco al conocimiento del fenómeno, comenzamos por localizar el mayor número posible de auténticos romeros para ver qué nos decían. Hay que tener en cuenta que los miles de páginas escritas hasta entonces lo habían sido con menos de treinta testimonios de peregrinos y nosotros llegamos a alcanzar más de dos mil quinientos que hablan por los codos. Solo entonces comenzamos a analizar todos los ingredientes.



Para hacernos una idea del hallazgo veamos solo siete ejemplos. Unos, Pedro e Isabel, nos dicen que vendieron tierras en Zaragoza para poder hacer el viaje a Jerusalén (1135); otro, Pedro Maza de Sangarrén, da dinero para que vayan en su nombre varios hombres a Santiago y a Rocamadour (1209); por su parte, Pedro IV, que está en Sarrión, da un salvoconducto a dos portugueses (Esteban Pérez de Bramana y su acompañante) que quieren ir a Asís para que regresen a Portugal pues los habitantes de la zona los quieren matar porque los consideran responsables del envenenamiento de las aguas y, por lo tanto, de la peste (1348); el alcaide de Sos da dinero a su hija y yerno para que lleven en peregrinación a su nieta a Montserrat (1442); el catalán Gabriel Reixach, cuando iba a Santiago, se puso enfermo en Ayerbe y falleció con apenas unos reales en la bolsa (1600); el cura de Alagón bautizó al hijo de una peregrina flamenca al que le puso del nombre de Pascual (1602); el gallego Joseph Fernández era un peregrino que regresaba de Roma, pero se puso malo en Sariñena y falleció (1742), etc. La lista es interminable e incluso divertida, pero hay que seguir.

Llegados a este momento, hasta darlos por buenos o no, estos caminos tenían que someterse a tres duras pruebas de confirmación.

–Por un lado, ¿contenían la propaganda precisa, el toro de Osborne del momento? ¿Había iglesias o ermitas de los santos de referencia romeros, entre ellos san Martín, Santiago y san Cristóbal? ¿De Nuestra Señora del Camino y, desde el siglo XVI, de Nuestra Señora del Pilar?

–En segundo lugar, ¿contaban con apoyos materiales para los peregrinos? Los más importantes se cifraban en la existencia de órdenes militares, monasterios, limosnas, cofradías, hospederías, ventas y posadas, puentes, hospitales y disposiciones legales amparándolos.

–Por último, ¿encontrarían en el camino elegido los atractivos espirituales más buscados? Nos estamos refiriendo a santuarios famosos, indulgencias, objetos de especial devoción (Cristos milagrosos, reliquias, corporales), lugares cuna de milagros imán, tumbas de santos.

Tras largas comprobaciones, el resultado fue meridiano: estábamos ante uno de los caminos más nítidos e importantes de peregrinaje que además coincidía con la ruta natural entre Barcelona y el norte de España desde época romana hasta la creación de las provincias en 1833, ruta peregrina a la que dimos en llamar ‘Camino de Salas’ ¿Por qué?.



En medio de este camino estuvo durante muchos siglos uno de los tres santuarios de fama universal que hubo en Aragón, junto a San Juan de la Peña (desde el siglo XII) y el Pilar de Zaragoza (desde el siglo XVI).

El origen de Salas, como casi todas las cosas que acaban siendo grandes, muy modesto. La ermita oscense –nacida para albergar a la milagrera imagen románico-gótica del pueblo de Salas Altas– ya la amplió y mejoró la reina doña Sancha, la fundadora de Sigüenza, en 1200. Su hijo, el rey Pedro II, también se refiere a varios de sus hechos portentosos cuando 1212 le hace varias donaciones. En el siglo XIII, es tal la afluencia de peregrinos a Salas que Jaime I, que también había rezado ante Nuestra Señora en 1224, firmaba en un documento en 1250 por el que concedía su protección y amparo a cuantos peregrinos fueran a Salas, documento ratificado por Jaime II ochenta años después. Pero es que hasta el rey castellano Alfonso X el Sabio dedicó a la Virgen oscense veintidós de sus famosas cantigas narrando otros tantos milagros.



El summum tiene lugar ya en el siglo XIV, cuando la gran devoción que Pedro IV sentía por la virgen oscense motivó nada menos, como dice el pergamino pertinente, el nacimiento de la primera universidad aragonesa en Huesca. Mas si los reyes aragoneses y el castellano citado le dedicaron tanta atención, no fueron menos los Papas, pues, por un documento del año 1419, sabemos que varios de ellos (Inocencio III, Nicolás III o Inocencio IV, por ejemplo) concedieron –¡agarrarse!– hasta un año y cuarenta días de indulgencia a quienes la fueran a visitar, lo que sin duda motivó un desvío más o menos largo a quienes iban de peregrinación a otras metas.

En el siglo XVI, hubo que recomponer y ampliar la hospedería a causa de la gran afluencia de romeros, pero la crisis del Camino Francés, por el que dejaron de pasar peregrinos durante más de un siglo, redujo considerablemente la afluencia por el Camino de Salas durante el siglo XVII y, aunque en el siguiente aún se vieron peregrinos por Huesca, con la desamortización del XIX el santuario universal se trocó en local. Pero durante algo más de quinientos años Salas eran conocido en todo el mundo. Por eso lo hemos ido a ver nosotros, por ser algo excepcional.



Hasta gentes de otras religiones acudieron a pedir su ayuda, eso es lo que nos quiere decir la leyenda siguiente:

“En Borja, como en tantos otros lugares de Aragón, convivieron cristianos y moros tras la reconquista. Cada comunidad tenía, como es lógico, sus propias costumbres y tradiciones fruto de la distinta concepción de la vida y de la muerte, mas, con la excepción de aislados y contados casos, la coexistencia solía ser pacífica y el trato entre unos y otros natural.

En el seno de la comunidad mudéjar de Borja, una madre vio cómo su hijo de corta edad enfermaba, sin que los físicos o médicos borjanos ni de los pueblos de alrededor hallaran remedio a su mal. La salud del niño fue agravándose poco a poco hasta acabar muriendo. Es de imaginar el desconsuelo de la madre y las escenas de dolor inmenso a que el fatal desenlace dio lugar.

La desconsolada mora borjana, en sus constantes idas y venidas diarias a la fuente, había oído hablar a unas amigas cristianas que existía en las afueras de la ciudad de Huesca una imagen milagrosa de la Virgen de la que contaban historias inverosímiles. Las amigas las llamaban milagros y, aunque la agarena no entendía cómo pudieran ser posible aquellos hechos tan fantásticos, decidió llevar a su hijo muerto hasta Huesca para pedir por él a la Virgen de sus amigas. Cuando con cierto recelo les contó a sus vecinas musulmanas qué era lo que pretendía hacer, oyóse de todo, pero no cejó en su empeño y se encaminó a Huesca, mejor dicho, a las afueras de Huesca, puesto que la ermita de la Virgen estaba situada en las huertas aledañas a la ciudad. Allí supo que se llamaba Nuestra Señora de Salas. Tras un penoso viaje, llegó al santuario oscense y rogó a la Virgen por su hijo muerto desde su fe distinta, pero con el corazón limpio y fue escuchada. El pequeño morico jugaba ya antes de que la madre saliera del templo.

Volvió a Borja y narró en la fuente todo lo que había sucedido mientras el niño correteaba con otros niños. Sus vecinas moras callaron, pero jamás le perdonaron. No se hizo por ello cristiana, pero desde entonces comprendió que sentía lo que las madres cristianas sentían”.

Ha finalizado la parte excepcional del viaje y ahora, paseando por las huertas que rodean, regresamos a Huesca donde esperan los coches. La excursión no ha terminado porque estamos en la segunda población aragonesa por el número y valor de su patrimonio. Casi nada. Y además hay que comer... Para ello hasta tenemos estrellas Michelin.